

Quim Monzó

Visat núm. 1

(gener 2006)

por Julià Guillamon

Qué bueno es Quim Monzó (Barcelona, 1952). Desde los años setenta, sus cuentos, sus novelas, sus artículos y reportajes, sus chistes y bromas gráficas, han marcado la pauta y han logrado una enorme repercusión popular. Monzó es un escritor fundamental, con una capacidad fabulosa de manejar los lenguajes de la comunicación contemporánea.

De la contracultura al estupor

En el verano de 1973, Quim Monzó decide irse a pasar el mes de agosto al sudeste asiático. En las crónicas que escribe para el diario *tele/eXprés*, Monzó retrata el ambiente de la calle y constata que la ofensiva final sobre Camboya ya no generará obras de arte, poemas ni baladas. La carrera literaria de Monzó empieza ahí, y se desarrolla paralelamente a las aventuras culturales de la Barcelona de los últimos años del franquismo. Entre 1973 y 1977 toma parte en todo tipo de iniciativas, vinculadas a la literatura experimental y a la prensa marginal.

Este primer Monzó, —gamberro, irreverente y burlón— es el Monzó esencial. En esta época, sus afinidades artísticas y literarias van de Julio Cortázar a Woody Allen, de Joan Brossa a Robert Crumb y de Samuel Beckett a Frank Zappa. Mientras que su primera novela, *El aullido del gris al borde de las cloacas*, está construida a partir de episodios encadenados, con diálogos directos e insertos de frases lapidarias, sus primeros cuentos, que publica en 1977 en el volumen *Self service*, escrito a cuatro manos con el mallorquín Biel Mesquida, se dilatan por improvisación y tanteo.

Uf, dijo él (1978), representa una estilización de los procedimientos de esta primera etapa contracultural. Algunos de los cuentos del libro, como *Historia de un amor*, proponen una carnavalización de la realidad. Otros relatos, como el que da título al libro, *Uf, dijo él*, parten del tedio cotidiano (un hombre y una mujer aburridos, mastican abúlicos pedazos de tarta y discuten por nada). Un gesto fuera de control («ella tiró la cucharita sobre la mesa y el golpe fue suave, blando, de color naranja») abre una grieta en este mundo gris.

El Segundo libro de relatos de Monzó, *Olivetti, Moulinex, Chaffeauteaux et Maury...* (1980) representa un paso más en el camino que le aleja de los grandes ideales y de las causas colectivas, ahora a partir de un realismo de línea clara. Redacción pone al descubierto el desajuste entre la realidad y el lenguaje. El cuento plantea una preocupación subyacente en toda la obra de Monzó: el niño que relata cándidamente una realidad atroz representa al escritor, en su afán de explicarse el mundo, de dominarlo a través de las palabras. Pero es la realidad la que domina, las palabras son sólo un placebo.

Uf, dijo él y Olivetti, Moulinex, Chaffeauteaux et Maury... representan el anverso y el reverso de una misma situación. En el primer libro, Monzó describe un mundo encasquillado, que encuentra una vía de fuga en el sueño, en la imaginación o en el amor, que transportan a los personajes a espacios de maravilla. En el segundo, describe una realidad alienada, sometida a un mecanismo grosero, contra el cual nada se puede hacer.

A mediados de los ochenta, Monzó ha creado un estilo personal, reconocible para la mayoría de los lectores. Sus historias captan el espectáculo de la vida urbana a través de personajes corrientes, con un ligero toque excéntrico que disimula su ejemplaridad. Sin proponérselo, Monzó escribe la crónica del paso de la utopía contracultural al individualismo y al escepticismo. Pero trasciende las experiencias de su generación y extrae de ellas enseñanzas universales.

A diferencia del cuento, que desarrolla un episodio cerrado, un «sketch» o una conversación recortada, las novelas de Monzó, *Gasolina* y *La magnitud de la tragedia* (1989), describen un ciclo completo. *Guadalajara* (1996) escenifica el ocaso, el declive, el laberinto sin salida que insinúa la muerte. Los cuentos más realistas tratan de un deseo fugaz o de una ocasión perdida. Las fábulas plantean angustiosas situaciones sin salida en laberínticos inmuebles y macabras celebraciones familiares.

Con *El mejor de los mundos* (2001), su mejor libro, encuentra una salida a esta situación de impasse. Nunca como hasta ahora Monzó se había mostrado tan cruel y desesperado. Sus cuentos describen un mundo del que ha desaparecido cualquier piedad. La historia del chico disecado o la del feto en la bolsa de plástico de *El Corte Inglés*, están contadas con naturalidad aparente para conseguir el mayor impacto sobre el lector.

A lo largo de los últimos treinta años, Monzó ha tenido una presencia constante en la vida cultural de Cataluña. En *Ochenta y seis cuentos* ha refinado su lenguaje desde el barroquismo inicial hasta formas de decir esenciales, y ha marcado un hito en el catalán literario, que en sus obras y traducciones alcanza registros plenamente contemporáneos. Las novelas de Monzó están en cierto modo por descubrir. Representan uno de los principales intentos de actualizar el género, adaptando su tiempo interior al ritmo de la vida de hoy. Sus artículos periodísticos revelan una curiosidad universal que anula las fronteras entre la alta y la baja cultura, entre la literatura de creación y el comentario de actualidad. Su obra ha conseguido tirajes inhabituales y ha sido traducida a numerosos idiomas.

«A estas alturas daría por bueno lo que ha pasado hasta ahora a cambio de ver, otra vez, el cielo color de pipermin y las estrellas que chisporrean en el cesto de tus ojos», se lee en el encabezado de «Historia de un amor», el primero de los *Ochenta y seis cuentos*. Parfraseando lo que escribió Dostoievski a propósito de *El capote* de Gogol: todos venimos de ese cielo de pipermin.